



VIGILIA DE ORACIÓN POR LA UNIDAD

(Allí donde se estime conveniente puede hacerse con exposición del Santísimo).

Monición introductoria

La Semana de Oración por la Unidad en Cristo, que se celebra cada año del 18 al 25 de enero, es una ocasión propicia para que cristianos de distintas confesiones (católicos, anglicanos, evangélicos, luteranos, ortodoxos...) eleven su oración al Señor con una misma intención: «Padre, que todos sean uno para que el mundo crea» (cf. Jn. 17,20). Con esta Vigilia de Oración queremos elevar hoy también nuestra plegaria al Padre, continuando así su petición de unidad para la Iglesia.

El lema elegido por un grupo de cristianos de Burkina Faso, responsables de la preparación de los materiales de este año para la Semana de Oración, ha sido tomado del evangelio de Lucas, en concreto de la parábola del buen samaritano, y dice así: «Amarás al Señor, tu Dios... y a tu prójimo como a ti mismo».

Reunidos hoy ante la presencia del Señor, cada uno de nosotros, en lo más íntimo de nuestro ser, nos disponemos a escuchar a Jesucristo y a empaparnos del amor de Dios.

Lo hacemos con la disposición de despojarnos de todo lo que somos, para que él ocupe el centro de nuestra vida y el de nuestra Iglesia, reconociendo que todas las Iglesias y comunidades eclesiales cristianas forman parte del único cuerpo de Cristo.

(Canto mientras se realiza la exposición del Santísimo, allí donde se haga.

Donde no, puede colocarse la Biblia en un lugar destacado)



Nos vamos a adentrar en la parábola del buen samaritano a la luz del pensamiento de los santos Padres, cristianos que siguieron a Cristo en los primeros siglos, en muchos casos en medio de persecuciones. Ellos encontraron en esta parábola el proyecto de salvación de Dios para la humanidad entera.

Proclamación del santo evangelio según san Lucas (10, 25-37)

Por entonces, un doctor de la ley, queriendo poner a prueba a Jesús, le hizo esta pregunta:

—Maestro, ¿qué he de hacer para alcanzar la vida eterna? Jesús

le contestó:

—¿Qué está escrito en la ley de Moisés? ¿Qué lees allí? Él

respondió:

—«Amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón, con todas tus fuerzas y con toda tu inteligencia: y a tu prójimo como a ti mismo».

Jesús le dijo:

—Has respondido correctamente. Haz eso y vivirás.

Pero el maestro de la ley, para justificar su pregunta, insistió:

—¿Y quién es mi prójimo?

Jesús le dijo:

—Un hombre que bajaba de Jerusalén a Jericó fue asaltado por unos ladrones, que le robaron cuanto llevaba, lo hirieron gravemente y se fueron, dejándolo medio muerto. Casualmente, bajaba por aquel mismo camino un sacerdote que vio al herido, pero pasó de largo. Y del mismo modo, un levita, al llegar a aquel lugar, vio al herido, pero también pasó de largo. Finalmente, un samaritano que iba de camino llegó junto al herido y, al verlo, se sintió conmovido. Se acercó a él, le vendó las heridas poniendo aceite y vino sobre ellas, lo montó en su propia cabalgadura, lo condujo a una posada próxima y cuidó de él.



Al día siguiente, antes de reanudar el viaje, el samaritano dio dos denarios al posadero y le dijo: «Cuida bien a este hombre. Si gastas más, te lo pagaré a mi vuelta». Pues bien, ¿cuál de estos tres hombres te parece que fue el prójimo del que cayó en manos de ladrones?

El maestro contestó:

—El que tuvo compasión de él. Y

Jesús le replicó:

—Pues vete y haz tú lo mismo.

Palabra del Señor

Reflexión y meditación

Para los ojos de los Padres de la Iglesia, el hombre que bajaba de Jerusalén y fue asaltado era imagen de la humanidad entera. Y vieron en los bandidos una imagen de los poderes terrenales hostiles que asaltan al hombre. Como Adán, expulsado del paraíso, descendió a un mundo en peligro y vulnerable, alejado de la paz y armonía vivida hasta entonces, así el hombre de todos los tiempos y lugares vive en medio de dificultades, sombras e incertidumbre.

¿Me siento vulnerable, necesitado de curación? ¿Siento la necesidad de ser sanado o mi orgullo me lleva a pensar que no necesito nada ni a nadie?

Solo el que se siente amado por Dios, puede descubrirse como prójimo. *¿Me dejo sanar por Dios, o busco mi sanación en otros lugares o personas?
¿En quién y en qué pongo mi sanación?*

(Dejamos un tiempo de silencio,
se puede poner música instrumental).

En esta parábola, siguiendo con la reflexión de los santos Padres, Cristo mismo es representado por aquel que, movido por la compasión, acudió en ayuda del hombre medio muerto y curó sus heridas.

¿En qué ocasiones he actuado y actuó como el buen samaritano, mostrando misericordia y compasión a los que están a mi lado? ¿A qué grupo de personas a qué persona en concreto, me cuesta más mostrar el amor que Dios me da?

Quienes nos llamamos cristianos, creemos que Cristo es nuestro salvador. Pero a veces la relación entre nosotros se parece más a la de los judíos con los samaritanos, divididos cultural y teológicamente y en clima de enemistad y hostilidad, desfigurando el rostro de Cristo. *¿Con qué ojos miro a los cristianos de otras Iglesias y comunidades eclesiales cristianas?*

¿Siento la necesidad de una conversión ecuménica para poder derramar el aceite del consuelo y el vino de la esperanza junto a otros cristianos sobre la humanidad caída? ¿Qué gestos de acercamiento a otros cristianos hago para intentar comprenderlos y compartir algo de lo que tenemos en común?

(Dejamos un tiempo de silencio,
se puede poner música instrumental).



Los Padres de la Iglesia, viendo el hecho de que el samaritano llevara al herido a una posada segura, identificaron la posada con la imagen de la Iglesia. Cristo dejó a la humanidad en buenas manos, en la Iglesia.

¿Cómo vivo mi pertenencia a la Iglesia? ¿Cómo un parásito, alguien que se deja curar sin más o como alguien que, necesitado de la curación de sus heridas, se ocupa también de ser instrumento de sanación para los demás? En mi vivir cotidiano, ¿cómo colaboro para que la Iglesia sea una posada de puertas abiertas, donde nadie se sienta excluido?

Así como el samaritano llevó al hombre herido a la posada, así Cristo confía a la Iglesia los heridos y necesitados del mundo, para cuidar sus heridas y ayudarlos a recuperar la salud. *¿En qué momentos la Iglesia se parece más al levita y al sacerdote? ¿En cuáles la Iglesia muestra el verdadero rostro de Cristo, comportándose como el buen samaritano? ¿En qué medida, con mi vida, ayudo yo a mostrar esas imágenes de la Iglesia?*

(Dejamos un tiempo de silencio,
se puede poner música instrumental).

Los santos Padres interpretaron la promesa del samaritano de regresar, como un presagio de la promesa de la futura venida del Señor.

Tras varios centenares de años transcurridos podemos ver en la promesa hecha por el samaritano la promesa de la plenitud de la vida eterna. *¿Vivo así, convencido de que seguir a Jesucristo conduce a vivir en plenitud y para siempre? ¿Me creo de verdad que el amor de Dios vencerá sobre todo mal y sobre la muerte?*

(Dejamos un tiempo de silencio,
se puede poner música instrumental).





Gesto

La parábola ilustra de una manera muy visible lo que Cristo espera de nosotros. Amar a Dios y al prójimo como a uno mismo. Un amor que se extiende mucho más allá de los límites esperados. Jesús no responde a la pregunta hecha por el maestro de la ley de «¿quién es mi prójimo?», ni la parábola que cuenta sirve para responder a esa pregunta. Jesucristo, a partir de la parábola, nos hace ver qué es lo verdaderamente importante, dónde tenemos que poner nuestras intenciones y nuestra acción. El prójimo somos cada uno de nosotros en la medida en que estamos dispuestos a acercarnos a quién sufre. Hoy el Señor nos vuelve a preguntar: «¿Quién demostró ser prójimo del hombre necesitado?». Y, tú, ¿quieres ser prójimo?

Como signo de nuestro compromiso por trabajar por la unidad de los cristianos, verteremos aceite y vino sobre estos cuencos colocados a los pies del altar. Queremos poner consuelo y esperanza en las heridas sangrantes de nuestro mundo.

(Varias personas que previamente han sido avisadas se acercarán y verterán un poco de aceite y vino en un recipiente preparado en un lugar visible.
Mientras puede entonarse un canto apropiado).

Tras haber realizado este gesto rezamos juntos a dos coros:

A: Puedo hablar las lenguas de los hombres y de los ángeles.

B: pero si me falta el amor, soy simplemente un metal que resuena, un platillo ruidoso.

A: Puedo tener el don de profecía, la comprensión plena de la ciencia, conocer todos los secretos,

B: pero si fallo en el amor, de nada vale.

A: Puedo tener la fe más plena, tanta hasta llegar a mover montañas,

B: pero si me falta el amor, no soy nada.

A: Puedo desprenderme de todos mis bienes y distribuirlos a los necesitados, incluso puedo entregar mi cuerpo a las llamas,

B: pero si me falta amor, de nada me sirve.

A: El amor de Dios exige paciencia, es benigno; el amor es servicial, no tiene envidia, no presume ni es celoso,

B: sino que encuentra su alegría en la verdad. Lo excusa todo. Lo cree todo. Lo espera todo. Lo soporta todo.

A: El amor de Dios no se jacta. No busca su propio interés. No es irritable ni guarda rencor. El amor no lleva cuenta del mal, ni celebra el error ajeno.

B: El amor lo cree todo. Lo espera todo. Lo soporta todo.

TODOS: El amor de Dios siempre permanecerá en el hombre.

(Puede introducirse un canto oportuno).

Bendición (y reserva del Santísimo donde se haga).

